



El resultado de las elecciones en Francia

## RAMILLETE DE OPINIONES

¿Qué piensa usted? ¿Qué concepto le merece y qué entiende usted por arte?

He aquí la pregunta que hemos dirigido á nuestros más conspicuos prohombres, adjuntándoles un pliego de papel y un sello de diez céntimos para la contestación

Algunos no han contestado ni han devuelto el sello; otros, los más, se han apresurado á darnos á conocer sus opiniones, que, para solaz de nuestros lectores, transcribimos fielmente:

\*\*\*

¿Arte? .. Gusto de asomarme á sus vastos campos.

Al arte todos debemos protección en la medida de nuestras fuerzas. Yo creo cumplir con este deber.

Marianao.

Guardaré eternamente recuerdo de mis gratos merodeos artísticos.

Bivona.

En mi juventud, allá por los tiempos de Calomarde, fuí director de un grupo de artistas revolucionarios.

¡Ojalá no hubiera abandonado la carrera, y hoy no me tendría que ver como me veo!

Porrera.

Hay pocos que lo entiendan como yo eso de arte.

Para mí el arte es ir aumentando, ir aumentando...

Tresoles.

Por no saber el jefe escribir,  
Memento.

¿El arte? ¡Valiente utopía, que sólo puede con mover á los imbéciles, que son todos los humanos á excepcion de Proudhon, Engel, Tolstoy, Shopenhauer y un servidor de ustedes.

Valentí Camp.

¿Se refieren ustedes al Arte de ser bonita?

Mir y Miró.

Siempre me inspiró desdeñ. ¿El arte? ¿Se necesita acaso para cultivarlo la inteligencia precisa para llegar al dominio de las leyes que hemos conseguido Alcubilla, Gomez del Castillo y yo?

Borrell y Sol,  
sindico.

Arte es saber aprovecharse, dar forma bella á todo lo que está al alcance de nuestros ojos y de nuestras manos. Yo soy un artista.

Magriñá.

Y yo otro.

Badía.

No sé de otro arte que el de la pesca.

Gall.

Ese, ese es el que á mí más me gusta.

Peris.

No *conoscu* otro arte que el del bien *desir*.

Palau.

Yo opté por el del bien callar.

Vila.

Para mí el arte es la música .. la flauta, el violín, el violon...

Mundi.

¡Artes! Las hay buenas, las hay malas y las hay bellas. Yo las cobré y las domino todas.

Pirozzini.

Yo sólo cultivo el arte que á mí me hizo concejal. El arte de birlibirloque.

Marsá.

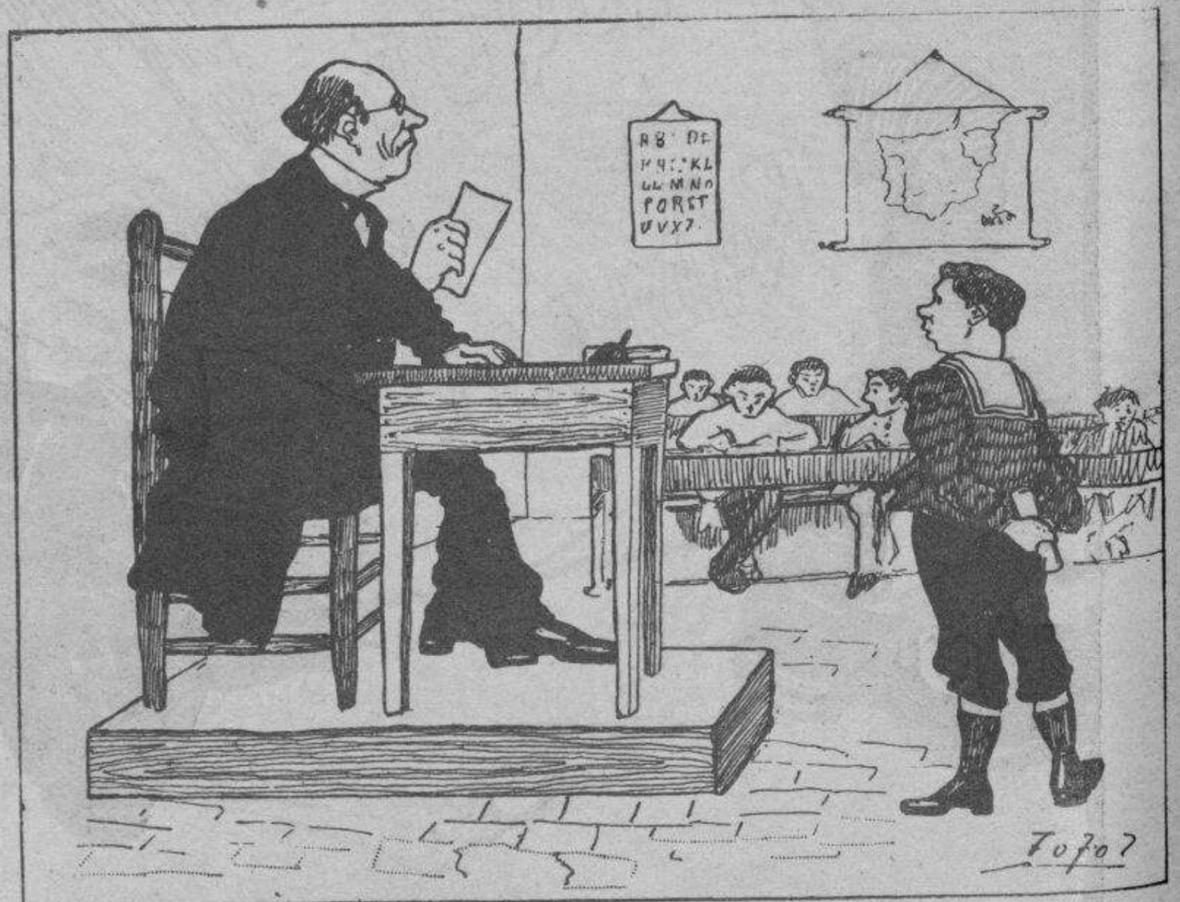
En arte lo más hermoso es el secreto de nuestras cualidades no reveladas ¡Quién podía sospechar de mí que estaba llamado á resultar un portentoso equilibrista! ..

Adolfo F. Ferrando,  
director de *La Tribuna*.

¿De arte? Yo no sé más que los cuadros de las telas.

Alfonso Sala,  
diputado *isidro*.

¡Oh, el arte! Los pájaros que vuelan, las hojas cayendo en el Otoño, la gama portentosa de una



—¿Qué productos se cosechan en España?

—Frtales, curas y monjas y todo lo que no prospera en los demás países africanos.

puesta Sol, los irisados nácares de la perla, los . Me canso y no quiero cansar á ustedes...

Darío Perez.

¿Me pregunta usted por el arte? Mézclese añil, cochini-lla (hembra, ¿eh?) y un mor-dente cualquiera, y ese es el único arte que yo concibo.

Casellas,  
*perdigot mascle*

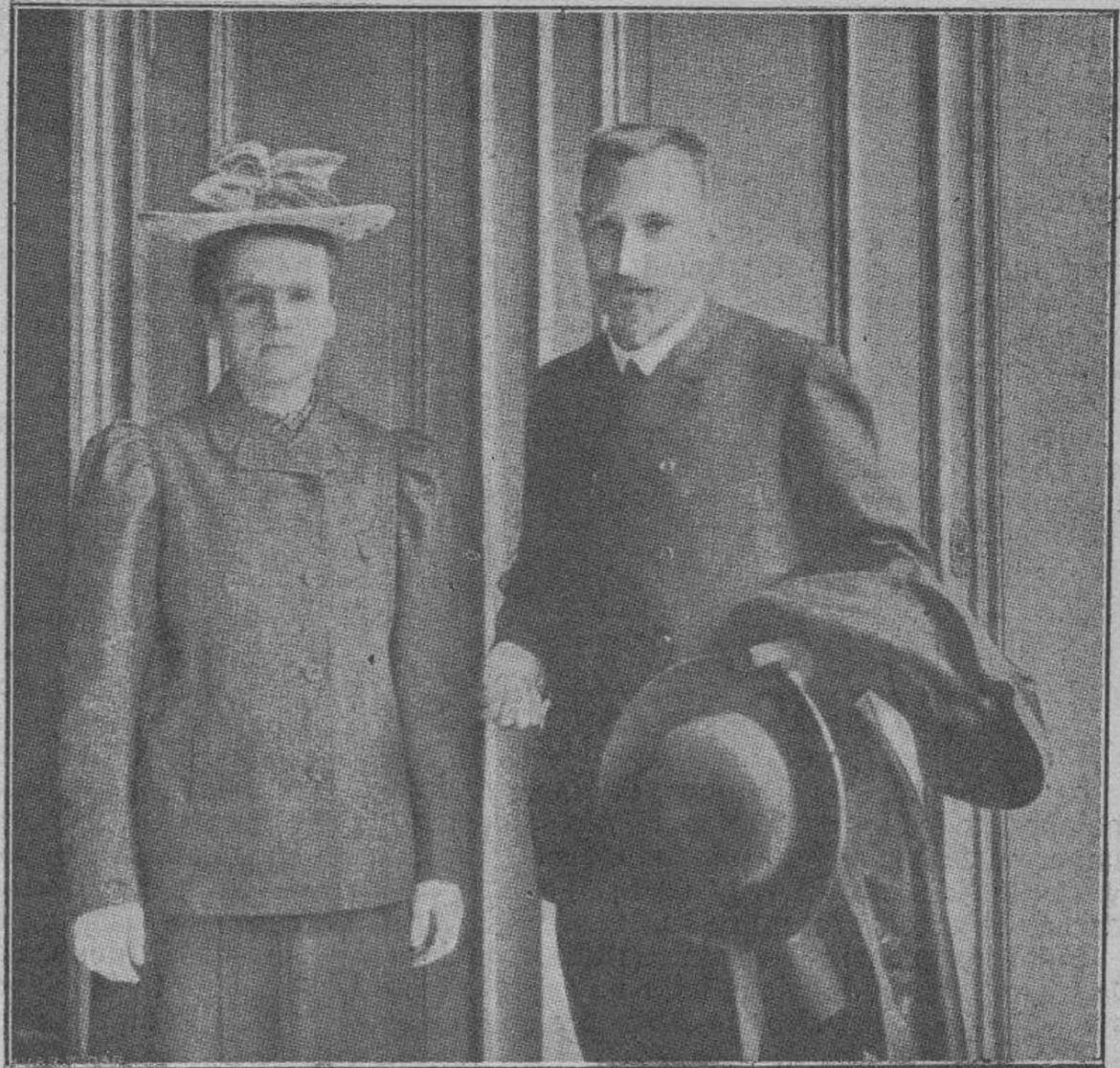
No conozco más que un ar-te: el de escribir y hablar correctamente mal de todo el mundo.

Moles.

Con gafas no lo veo y sin ellas tampoco; pero conste que distingo de colores.

M. Lorenzo,  
súbdito de Riu.

Por la recopilacion,  
TRIBOULET.



## GERMEN ETERNO

Me acuerdo perfectamente. Nos guiaba el ciego, ¿Quién pudiera hacerlo mejor en una noche tan oscura?

Caía esa lluvia menuda, per-sistente y helada que llaman calabobos; hacía tanto frío que yo trotaba buscan-do el calor del movimiento.

Escaso abrigo nos proporcionaba la casucha agrietada, cuyas ventanas viejas y desvencijadas dejaban pasar el viento y por cuyos techos se fil-traba la lluvia; pero era peor caminar por la monta-ña tiritando, hambrientos y oyendo los aullidos de los lobos que vagaban por el monte buscando presa.

Constituíamos una familia bien desgraciada. El hijo había ido al Ejército porque la madre no era absolutamente pobre; pero le habían quitado su casucha y sus tierras por débitos de contribu-cion, la habían reducido á la mayor pobreza, y, sin embargo, no le devolvían su hijo.

Ella decía:  
—Os llevasteis mi hijo porque yo poseía casa y tierras; ya que todo me lo habeis quitado, devol-vedme al muchacho.

Ellos se encogían de hombros y se reían de nos-otros.

El ciego rugía de ira, la mujer maldecía, yo llo-raba y el perro enseñaba los dientes; pero todo ello no impidió que nos arrojasen á la calle.

Yo volvería al arroyo de donde aquellas buenas gentes me habían recogido para acompañar al cie-go y para ayudar á la mujer.

Los soldados podían más que nosotros y era pre-ciso obedecerlos, por buenas ó por malas.

El hijo de la mujer era tambien soldado.

Quizás él, en aquellos mismos momentos, arro-jaba de sus casas á las madres de los que nos arrojaban á nosotros de la nuestra

¡Imbéciles!

## LOS ESPOSOS CURIE

(Ultima fotografia)

Recientemente la señora Curie ha sido nombrada para desempeñar la cátedra de la Sorbona que se concedió á su marido, despues del maravilloso descubrimiento del radium.

Sentía deseos de escupirles al rostro. La caminata se hacía muy pesada; el ciego se había extraviado, sin duda.

De repente detuvo sus pasos para decir:  
— Hay gente cerca; si no fuera así, los lobos se habrían lanzado sobre nosotros.

Como para confirmar sus presunciones, llegó hasta nosotros una voz imperiosa que gritaba:

—¿Dónde se va? ¿Quién sois?

El ciego se apresuró á contestar:  
—Un viejo ciego, una pobre mujer y un niño que buscamos un lugar donde guarecernos.

El perro nos había abandonado.

El desconocido preguntó por qué íbamos por allí á tales horas, y el ciego le contó nuestras des-venturas.

— Venid conmigo — dijo el hombre.

Le seguimos y nos llevó á una cueva, donde ar-día un buen fuego, que producía tanto humo que arrancaba lágrimas. Alrededor había algunos hom-bres de aspecto feroz.

El que nos conducía contó nuestra historia al que parecía jefe, y éste dijo con voz áspera en la que se traslucía cierta compasion:

— Dadles de comer.

Comimos y dormimos despues; yo dormí por lo menos. Me desperté dos ó tres veces y oí que la mujer lloraba.

Al dia siguiente nos dieron provisiones y nos in-vitaron á marchar

Yo les rogué que me dejaran con ellos.

Eran ladrones; yo lo sabía; pero yéndome ¿qué me esperaba?

Hambre y frío; trabajar para los demás. Como á la mujer, me quitarían mis bienes para pagar contribuciones y mis hijos para esclavizarme.

¡No me convenía!

Así se lo dije al capitán, que se echó á reír y me contestó:

—¡Cuántas personas cargadas de años no discurren tan bien como tú! Quédate enhorabuena. Mejor sería para tí y más seguro robar dentro de las poblaciones inspirando respeto y temor al pueblo y haciéndote aclamar por los imbéciles; pero no siempre se puede elegir tomando lo mejor.

Dieron provisiones á la mujer y al ciego, que se marcharon bendiciendo á los ladrones al mismo tiempo que maldecían á los agentes del Gobierno ¿Dónde irían?

J. AMBROSIO PEREZ.

## CHISMOGRAFÍA

El Gobierno, los políticos, la Prensa, en una palabra, todos los españoles, hemos concedido la importancia que merece á la anunciada y próxima visita de Eduardo VII, rey de los ingleses y tío carnal de nuestra futura reina.

Inútil juzgo decir que cada cual ha considerado la trascendencia del viaje bajo un aspecto distinto. Unos no han visto en la visita más que un nue-

vo motivo de regocijo; otros creen que ese viaje traerá cola; quién cree que Eduardo VII no se llevará de España otra cosa que un buenísimo recuerdo; quién dice que viene en busca de cosas de más sustancia... Pero ¿quién hace caso de todo lo que se dice?

Yo, poco aficionado á meterme en los tiquis miquis diplomáticos, quiero limitarme á hablar de la impaciencia con que nuestros sastres y nuestros gomosos esperan ya la llegada de Eduardo VII. Para ellos no es el rey de los ingleses, es el soberano de la moda.

No hay quien ignore que el rey de Inglaterra, tan caprichoso como elegante, es espejo donde se miran los elegantes más distinguidos de todo el mundo. De aquí que los nuestros le aguarden con ansiedad, convencidos de que podrá no traernos proyectos de alianzas más ó menos ofensivas, pero de seguro trae el último figurín.

En cuestión de modas y de gustos no hay quien le discuta el cetro al rey de Inglaterra, el cual puede á su antojo hacer próspera una industria en pocas horas ó matar en unos días el negocio más seguro y floreciente. Si una vez, pongo por caso, se le ocurriera á Eduardo VII salir á la calle sin sombrero, ya podían los sombrereros echarse á buscar oficio nuevo, pues es seguro que, temerosos de pasar por cursis, nos apresuraríamos á suprimir los cubre cabezas, prenda que en la actualidad tenemos por indispensable.

Ahí va un ejemplo de lo que puede la autoridad del indiscutible rey de la moda.

Hace una veintena de años, cuando el que hoy es Eduardo VII no era más que príncipe de Gales, vió sus dulces horas amargadas por una molestísima dolencia: un divieso en el sobaco derecho que forzaba al príncipe á llevar el brazo en flexión constante y levantado.

Salió á la calle en esta disposición, y como nadie sabía nada del dolor que atormentaba á S. A. tomaron los londinenses por un refinamiento de elegancia la obligada posición del diestro miembro torácico, que el príncipe no acercaba al costado para no ver las estrellas. La admiración de las gentes subió de punto cuando vieron al príncipe detenerse para dar la mano á un diplomático á quien halló en su camino. El esfuerzo que hubo de hacer S. A. para levantar el brazo y alargar la mano se tomó por la última palabra del buen tono. Y al día siguiente todas las personas distinguidas... por lo necias (cada cual se distingue como puede) andaban por Londres como si súbitamente les hubieran salido sendos diviesos en los sobacos. Y por culpa de la dolencia del príncipe anduvimos después todos saludando con el brazo encogido y el codo



—Aquí tiene usted la última novedad, *La adúltera*.  
—¿Y á eso le llama usted una novedad?

## Cogiendo piedras



—¡Cuidado, señor duque; no coja usted piedras del bloque grande para formar el pequeño, porque se le pueden venir encima los cascotes y pasarle como á Sanson, que murió con todos sus filisteos!

muy levantado. Era cosa de morir de risa ver á un elegante llevar el brazo en flexion hasta el ala del sombrero.

En otra ocasion el camisero de S. A. se lamentaba ante éste de que iba á tener una gran pérdida porque de unas riquísimas sedas que tenía compradas, el sol se había comido el color, convirtiéndolo en un amarillo sucio un *crème* delicadísimo.

El príncipe, conocedor de su poderío, ordenó al camisero que de aquella seda averiada le hiciera una docena de corbatas de una forma cualquiera, la más extravagante que le dictase el capricho. Y no bien estrenó S. A. la primera corbata de las doce, dieron los elegantes, como siempre, en imitar, y el camisero tuvo que encargar á toda prisa más piezas de seda *descolorida* para atender la gran demanda de aquellos adefesios que el capricho y la filantropía del príncipe convirtieron en *great attraction* de la temporada.

Y lo que del saludo y la corbata cuento puede hacerse extensivo á todos los demás antojos, hábitos y necesidades del egregio figurin.

No sé hasta qué punto podrá satisfacerle al rey de Inglaterra que se espíen sus acciones, se sigan sus pasos y se examinen sus trajes para imitarle estúpidamente en la manera de andar, en el modo de comer, etc., etc. Algun placer encontrará en esta servil imitación cuando no ha buscado la manera de evitarla.

¿Cómo?

¡Qué sé yo la idea que su bien probado ingenio le podría sugerir! Pero por si les parece á ustedes

bueno, voy á referir el expeditivo medio que empleó nuestro gracioso Inza para quitarse de encima un gomoso insoportable que le perseguía á todas horas, copiando sus locuras de bohemio y aprovechándose de sus agudezas.

Encontróse un día Inza dueño de algunas pesetas, y, deseando tomar desquite de las muy livianas colaciones patroniles, entróse en el café de Fornos, de Madrid, decidido á comer bien.

No había hecho más que sentarse cuando entró en el café y, como de costumbre, tomó asiento en la mesa del bohemio, el majadero imitador que tanto adulaba á Inza.

Acercóse el mozo y preguntó qué querían. El gomoso respondió sin vacilar:

—Yo tomaré lo que Inza

—Es que yo vengo á comer—dijo el poeta.

—Pues bien, comeremos juntos. ¡Será un placer para mí!

Aquella galantería le puso al bohemio de un humor de mil diablos, pues veía en perspectiva una comida desustanciada por las cargantes finezas de su compañero.

—Bueno; ¿qué va usted á comer?—volvió á preguntar el camarero al gomoso

—¡Oh! Yo lo que coma Inza

Y éste, ya dispuesto á todo, le dijo al mozo gritando:

—Pues entonces, ¡tráigame usted una ración de paja y cebada!

LUIS JULIAN ECHEGARAY



Desde hace unos cuantos días  
se siente la primavera  
con todos sus arrebatos  
y todas sus consecuencias.

## EN LA PORTERÍA DEL CIELO

Estando cierta noche oscura y fría  
San Pedro en su modesta portería  
deletreando en no sé qué papelote  
la crónica, tal vez, de policía,  
á juzgar por su aire consternado,  
apareció, de súbito, azorado  
un ángel hermosote  
y le dijo:

Ahí fuera hay dos señoras  
que desean entrar.

Malhumorado  
suspendió su lectura interesante  
el viejo apóstol y exclamó:

—¿A estas horas?

En fin... díles que pasen adelante.

Salió el ángel, mostrando vivo celo,

abrió la puerta principal del cielo  
y dijo á las señoras con voz leve:

—Entren ustedes sin hacer ruido,  
pues son las nueve ya, y aquí á las nueve  
es más que raro el que no esté dormido.

—¿De modo que San Pedro está acostado?—  
dijo una de las dos con pesadumbre.

—Aun se encuentra, por suerte, levantado,  
pues tiene, así que cierra  
el cielo, la costumbre  
de leer las noticias de la Tierra.

¡Jesús, cómo está aquello! Es tanta y tanta  
la impiedad, que aquí á todos nos espanta  
y nos llena de angustia.

—Me lo explico;

Lucifer se adueñó del mundo entero.

—Hágame usted el favor, se lo suplico,  
de no mentar á... ese caballero.

¡Adelante!

Y sirviéndolas de guía,  
las llevó á la gloriosa portería,  
donde, echándose atrás el negro manto,  
la que antes hablara dijo al santo:

—Perico...

—¡Bueno empieza!

¿Qué es eso de... Perico?

¡Pues me gusta, señora, la franqueza!

¡O hable con más respeto ó cierre el pico!

—Entre santos creía...

—¿Por ventura

es usted alguna santa? ¿Está segura  
de merecer la gloria en que ha soñado  
y la dicha de ser canonizada?

—Al menos en olor, según fray Boado,  
de santidad morí...

—No huelo nada

y eso ¡carape! que no estoy resfriado.

—Mi devoción fué siempre muy sincera;

yo huí de Satanás y de su artera

dorada red, por dicha, me he librado.

Yo encargué de oro y plata un altarito

al artífice hispano Juan de Orozco

para San Expedito,

que hoy tan de moda está.

—No le conozco

—Yo regalé á la Virgen del Carmelo,

á quien miré con ojos siempre amantes,

un rico manto azul, de terciopelo,

recamado de fulgidos diamantes.

Yo también ofrecí, lo cual abona

mi fervor y mi fe, áurea corona

con rubíes de Oriente y perlas finas

á la Virgen llamada la Madona,

que veneran las Madres Agustinas.

Yo, con fervor sincero

para ahuyentar de mí males prolijos

y esclava fiel de místicos deberes...

—Puso en la calle á un infeliz obrero

con su mujer, enferma, y lleno de hijos

por no poder pagar los alquileres.

Lo he leído en un diario de la Tierra.  
 —¡Torpes calumnias! ¡Fué por darme guerra!  
 —Por cierto que la esposa sin ventura de aquel hombre se fué á la sepultura, pues lanzada á la calle de tal suerte y presa de terrible calentura, tan *piá* accion precipitó su muerte. Mas doblemos la hoja, ya que esto la *s. nroja*, y sepamos, pues puso aquí la planta, quién es su compañera... ¿es otra santa?  
 —No sé, no la conozco, ni imagino quién pueda ser; hallela en mi camino y me siguió. Parece una... cualquiera que, indigna de la gloria, erró el sendero. Entonces la aludida se alzó el manto y dijo con la faz bañada en llanto:  
 — ¡Soy la mujer de ese infeliz obrero!  
 —¿Tú aquí?—gritó la dama—¡qué osadía! Pedro, ¡arrójala al punto! ¡Échala fueral  
 —¿Por qué? preguntó el santo.

—Es una impía que pretende engañarte, audaz y artera, y admitirla en el cielo es un delirio; su escasa devoción era notoria...  
 —¡Sube aquí con la palma del martirio y yo le abro las puertas de la gloria! Y usted...

—¡Por Dios! Recuerde el amor tierno con que, piadosa, oré ante su retablo.  
 —Usted se va, con su fervor eterno, al mismísimo infierno, si es que la admite en el infierno el diablo.

CASIMIRO PRIETO.

## EL BUEN REPORTER

Todo el mundo dice por ahí mil perrerías de los *chicos* de la Prensa (aquí siempre somos chicos aunque tengamos más barbas que San Pedro), y, sin embargo, hay quien daría dinero encima aunque solo fuera porque le dejaran escribir fajas en una Redaccion.

El periódico tiene la fatal atracción del convento y del teatro; se hablan pesetas de estas tres cosas, y á todos nos gusta meter en ellas las narices. El hombre que haya sido fraile, cómico y periodista puede jactarse de haber desgarrado el velo de lo más misterioso que hay sobre la tierra.

Antiguamente el oficio de periodista era cosa fácil y cómoda; para desempeñarlo bien no hacía falta salir de las oficinas del diario. Las noticias venían á buscar al periodista; hoy tiene el periodista que darles *caza*, introducirse en los rincones más inaccesibles, sobre todo allí donde el público no puede penetrar, y ser policía, observador, inventor, original, travieso, audaz, dibujante, fotógrafo, actor, en suma, un *buen reporter*.

El mal *reporter* se contenta con esgrimir la tijera, reproducir los partes del Gobierno ó la Comandancia, variar un poco lo que lee en los periódicos de la noche si el suyo sale de día, ó viceversa, y, sobre todo, exhibir siempre y en todas partes su *carnet* de periodista. Si es

joven, beberá en las engomadas aguas del *snobismo*; si es viejo, por no correr un poco desperdiciará el espectáculo de la más emocionante catástrofe. En suma, el mal *reporter* desdeña todo lo que representa molestia, sacrificio, imaginación, originalidad, golpes de efecto, recursos ingeniosos, etc.

En cambio el *bueno* ..

Citemos ejemplos de carne y hueso y que todavía colcan; pero no los busquemos en España, donde el *reporterismo* culto es desconocido, con gran daño de las Empresas periodísticas.

Cuando los célebres choques de los *apaches* en las calles de París un periodista se ingenió para hallarse siempre en el sitio en que debían verificarse los encuentros entre las bandas rivales. La cosa tenía sus peligros; pero el periodista *moderno* no hay sacrificio que no realice ante el atractivo de la cosa *vista*.

Un redactor del *Petit Parisien* se encerró un día en el armario del gabinete de un juez de instrucción.

Un *reporter* danés, Carl Syberg, atravesó el Asia á pie para reconocer el funcionamiento del transiberiano. M. Timmony, del *Journal*, se contrató como figurante en el teatro de la Porte de Saint Martin para una de las representaciones del *¿Quo vadis?* con objeto de estudiar la explotación que se hace á los comparsas. Le dieron *veinte sueldos* y tuvo que hacer de *cadáver*, y estuvo á punto de morir ahogado bajo un montón de sus colegas que se suponía muertos por las fieras del circo.

M. Carlos Vallier, del *Petit Bleu*, se fingió loco para ser conducido á un manicomio y estudiar el régimen y vida de los alienados. Para ello vistió un largo leviton, se llenó el pecho de cruces, y en un día de sol radiante y cuando los bulevares estaban más concurridos se lanzó á la calle llevando un paraguas abierto y diciendo á gritos:

—¡Yo soy Napoleon!

Un periodista americano, Mr. V. Carter, ha te-



—¿Cuándo cumplirás tu promesa, Eleuteria?  
 —Pues... cuando el Ayuntamiento derribe esas vallas.

nido hace poco el valor, que no poco se necesita, de contratarse como fogonero de un trasatlántico para observar la vida de estos sufridos operarios; vestido como sus compañeros hizo la travesía de Liverpool á Nueva York, soportando todos los padecimientos del oficio, sumido en el fondo de la cala, abrasado por el aliento de la caldera, sofocado por el polvo de carbon, mal alimentado y muerto de fatiga.

No han faltado periodistas femeninos que también han demostrado tener bellísimas aptitudes de *reporter*.

Mme. Severine descendió vestida de minero á las minas de Ville Bœuf y allí tuvo que tolerar terribles sufrimientos para conocer á fondo el horrible calvario de estos esclavos modernos; miss Malvery, otra afamada periodista, ha seguido toda la dolorosa ruta de una obrera sin trabajo, pasando las noches en los asilos y yendo á mendigar la sopa á las puertas de cuarteles y conventos. Pero la que ha batido el *record* del periodismo de observación directa ha sido miss Hardy, anglo-sajona, que ha pasado largos meses entre los buscadores de oro, en Alaska, soportando una temperatura de 40' bajo cero, para estudiar la vida de estos aventureros.

Un francés, M. Christian, ha sido hasta ahora el héroe de la nota más original dentro de este género de audacia *reporteril*. A fin de probar la eficacia de los servicios que los perros terranovas de la policía parisiense prestan como salvadores de los que caen ó se arrojan al Sena, fué un día y se arrojó al río. Pero en aquel momento los perros acababan de comer y sus guardianes no quisieron que el baño les produjera una congestión, dejando que M. Christian se manejara solo hasta que la llegada de un bote le sacó del apuro.

Dirán muchos que esto es extremar la cosa, como hizo Pablo Hervieu al estudiar la vida de los mendigos; pero entre esta actividad y la pacífica *quietud* de los *reporters* hispanos podría hallarse un justo medio.

El *reporterismo* sostiene ó mata á un periódico; por tanto, se puede decir muy bien:

«Dime qué *reporters* tienes y te diré qué tal periódico eres.»

FRAY GERUNDIO.

## Agudezas baturras

El tío Casimiro y el tío Chichorrero eran los más asiduos concurrentes del café del pueblo.

Todas las noches, terminada su parca cena, mascando aun el último bocado, el tío Casimiro se iba al café.

Ya estaba allí el tío Chichorrero.

Antonio, el mozo, se acercaba entonces:

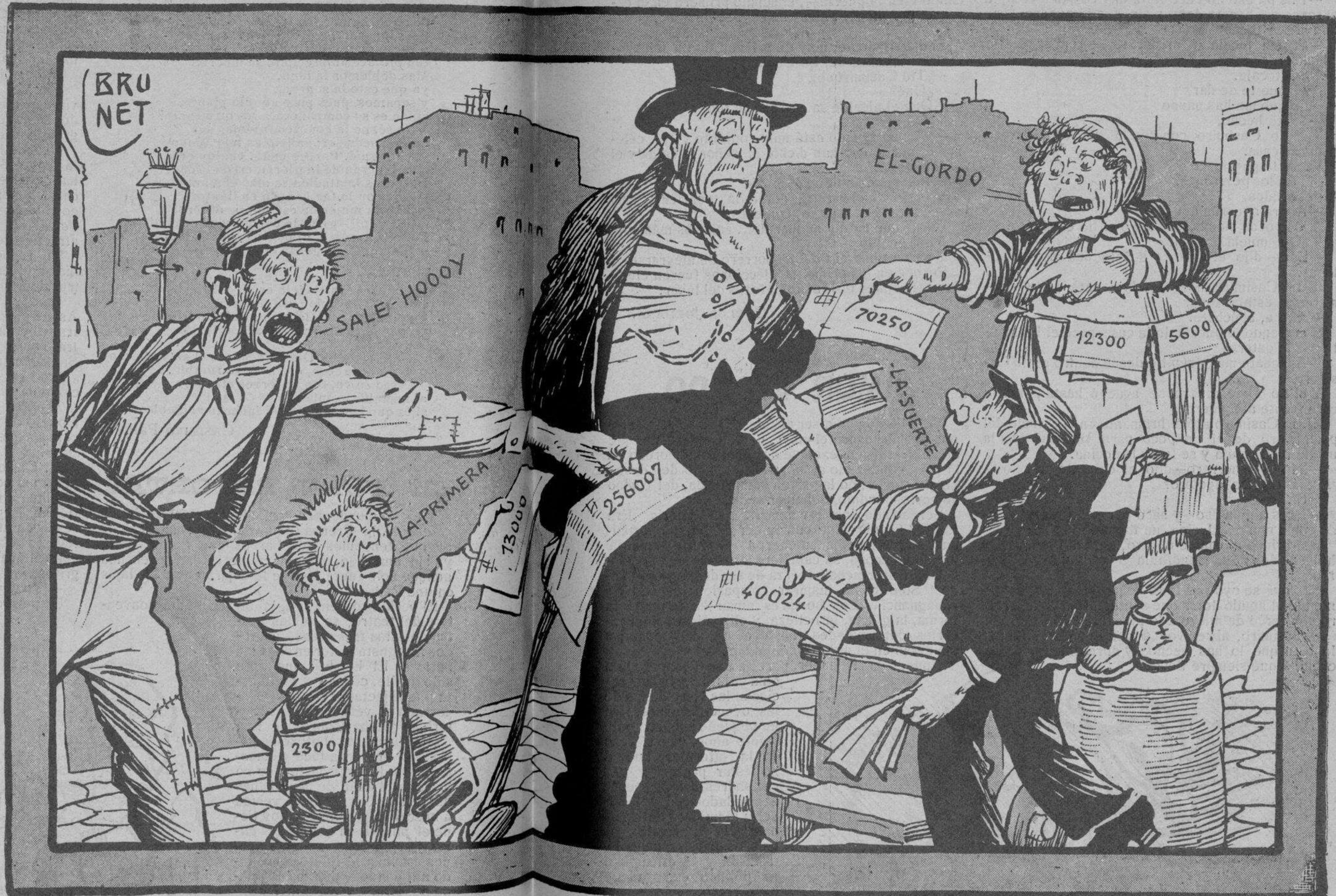
—¿De lu más malu?—preguntaba.

—De lu más malu, pá que no mus engañes—contestaba el tío Casimiro.

Y al lado de cada uno ponía Antonio una copita de aguardiente y en el centro de la mesa dejaba la baraja.

—¿Le damos al guiñote?—decía el tío Casimiro

## LAS ORDENANZAS MUNICIPALES



ART. 342

«Queda terminantemente prohibido establecer en la vía pública rifas ó juegos de azar.»

—¡Otra! Pus á eso hay vino—contestaba el tío Chichorrero.

Una noche dijo el tío Chichorrero:

Chiquio, ¿te paice que juemos un peseton?

Dos traigo contestó el tío Casimiro; al fin, si los rematas, en dejando mil duricos menos á ca hijo estoy despachao.

Y empezaron á darle al guiñote, con tan mala suerte por parte del tío Casimiro, que perdió en seis jugadas los pesetones que traía.

El tío Chichorrero tiró la baraja.

—Mañana me voy á la ciudad—dijo levantándose.

—¡Otra! y ¿á qué?

—A arrancáme una muela.

—Pus pa eso no hace falta dir. Si quiés yo te la arranco sin hacete daño y sin que tú puedas decir que la hay tocao.

—¿Y sin tocala la arrancarás?—repuso el tío Chichorrero.

—Sin tocala.

—¿Y que te de dar?

—Lo que me has ganao

—Trato hecho.

Y el tío Casimiro condujo al tío Chichorrero hasta su casa.

Ya en la puerta, le dijo:

—Trai los pesetones.

—Tómalos.

—Ahora aguarda aquí.

A los pocos momentos volvió el tío Casimiro.

—¿Qué muela te duele?

—Esta—dijo el otro, y señaló una de las últimas.

El tío Casimiro la ató con bramante de cuya resistencia estaba seguro

—Ahora, agáchate.

Y cerrando la puerta de la casa pasó el bramante por la gatera

—Agáchate más—repitió desde dentro el tío Casimiro.

Y el tío Chichorrero se agachó hasta poner la cara frente al agujero.

El tío Casimiro ató el bramante en el cerrojo del portal, tiró de él un poco para ver si estaba la muela bien sujeta y se fué á la cocina.

—Tío Chichorrero—dijo al cabo de un rato—. ¿Estás frente al agujero?

Sí.

—Pues ahí va eso—y sacó por el agujero, rápido como una exhalacion, un tizon ardiendo.

Del brinco que pegó el otro, dejó allí la muela y hubiera dejado la mandíbula á no tenerla de hierro

El ¡ay! se oyó por todo el pueblo; pero, conteniendo el agudo dolor que sentía, el tío Chichorrero se acercó de nuevo á la puerta.

—Casimiro, abre, voy á date otro peseton por lo bien que lo has hecho—y apretaba furioso el cuchillo que siempre llevaba.

—Mira, chiquió—contestó el tío Casimiro, atrancando bien la puerta—, enséñalo primero en el estanco, porque me paice que es. . sevillano.

Al día siguiente, muy de mañana, la tía Chichorrera fué á casa del tío Casimiro.

—¡Tío Casimiroco..!

¿Qué?

—Que el alcalde sa enterao de too ..

—¿Y qué?

—Que mi marido está muy contento y quié celebralo, por lo que han dicho el señor alcalde y el señor juez...

—Pus ¿qué han dicho, maña?

Y la tía Chichorrera, colorada, sonriente, casi avergonzada del elogio, contestó:

—Pus que usté y mi marido... seis los más agudos del pueblo.

Y razon tenía el tío Chichorrero de alegrarse.

Porque en las primeras elecciones fueron elegidos concejales los dos talentazos del lugar.

CARLOS JORDANA.

## AMOR VEDADO

No, ella no podía ser amada. Toda su vida sería una desheredada del amor, uno de esos seres que el estigma físico excluye del festival amoroso de la vida, condenado al horrible suplicio del deseo no satisfecho, de la pasión comprimida, del cariño no correspondido, del amor vedado.

Ser amado, inspirar amor... ¡qué tontería! ¡Era tan fea la pobrecita, con su joroba en las espaldas, su pierna coja, su cuerpo raquítico y su cutis pálido y pecoso, su cabellera escasa y sus facciones caricaturescas á fuerza de ser desproporcionadas! Solo podía inspirar compasión, cuando no repugnancia. Los hombres aman en la mujer la forma, la gracia, la belleza, y ella solo podía ofrecerles deformidades, timideces, fealdad, monedas sin curso en el mercado del amor.

Aunque ya era mujer, parecía una niña; pero una

niña enferma, sin las gracias ni las vivacidades de las jovencitas sanas. Era un pequeño monstruo de veinte años, una víctima de la Naturaleza que, á no estar protegida por sus padres, relativamente acomodados, quizás la miseria la hubiera llevado á exhibirse en uno de esos museos que sirven de distraccion y pasatiempo á un público estragado y chocarrero. Y, sin embargo, en aquel pobre sér, dentro de aquel cuerpo deforme y ridículo, anidaba un corazon todo sensibilidad y delicadeza, un cerebro repleto de imaginacion poética y soñadora, todo un mundo de cariñosos afectos y unas ansias locas de placer, de dicha, de amor.

La vida era un continuo martirio para aquella in-



¡Renace la calma!

feliz criatura. Su sér moral se rebelaba contra la fea armazón de huesos y carne que lo envolvía. Hubiera deseado ser bella, muy bella, para amar y ser amada, para realizar sus sueños de ventura, las mil fantasías de su imaginación ardiente. Aquella fealdad horrible que á ella misma le repugnaba, aquel deforme montón de tosca materia que la envolvía, cubriendo las exquisiteces de su alma pura, tronchaba sus más sentidas ilusiones y amenazaba su mísera existencia, acumulando cada día en su pecho nuevas dosis de tristeza que la consumían poco á poco. Se moría lentamente, atacada de melancolía incurable, hambrienta de amor y de cariño.

Sentir ansias de querer y no poder satisfacer este deseo; anhelar ardientemente un sér que pudiera comprenderla sin hallarlo jamás; soñar en inspirar verdadero amor y merecer tan solo compasión; verse sola, de todos abandonada en medio del universal amor... ¡Pobre criatura! Ni siquiera podía esperar que le fingieran cariño, ni amor prestado podía pedir. Había de ser siempre semillero estéril, la hembra condenada á perpetua virginidad, la flor descolorida, anémica, cuyos escasos perfumes nadie cuida de recoger ni aspirar.

Compadecida de unos y despreciada de otros, cansada de esperar en vano al sér soñado, acabó por dedicar todo su cariño á uno de esos pequeños seres alados á quienes el egoísmo humano ha vedado también el amor al arrebatárselos la libertad, encerrándolos en estrecha jaula de alambres. Aquellos dos seres, aquejados del mismo mal, aunque por causas distintas, parecía que se consolaban mutuamente, el uno con sus trinos y gorjeos, sus aleteos y sus retozos de pájaro mimado; la otra con sus exquisitos cuidados, sus mimos y sus caricias.

Pero en medio de sus mutuos consuelos, la mujer pensaba en el sér querido, en aquel amor ideal que la cruel realidad de su fealdad había tronchado; y el pájaro quizás recordaba los horizontes infinitos que le brindaban libertad y los calientes nidos que, columpiándose en las ramas de los árboles, le ofrecían amor.

Si hallaban consuelo en sus caricias, no podían curar su mal; sólo podía sanarlos el amor y ellos estaban condenados al cruel sufrimiento del deseo jamás satisfecho, del amor siempre vedado.

Había llegado la primavera con sus días tibios y sus noches claras y frescas, dejando á su paso la semilla de la vida, el brote de la exuberante vejetación, acompañada de aleteos y trinos de pájaros



—¿Y tu marido, está colocado ya?  
 —No; el pobre está medio ciego y no sirve para nada.  
 —¿Por qué no procura entrar en la policía nueva?

y de fecundos rayos de sol. La tierra vestíase de gala y preparábase á celebrar sus esponsales con el ardiente sol de estío.

La Naturaleza toda estremecíase, como agitada por el deseo generatriz, el deseo fecundo que eterniza la vida.

La primavera es el festival del amor. La Naturaleza toda se estremece y goza; la madre tierra, siempre amorosa y fecunda, siente espasmos de placer al recibir en su seno los besos calientes del sol, que devuelve despues transformados en mil formas de vida vegetal y animal. El amor universal, no vedado por leyes humanas ni divinas, se manifiesta; por doquier hay exuberancia de vida, columpiándose en las ramas de los árboles, dentro frágiles nidos; suspirando en los rumores del arroyuelo y en los susurros de las verdes hojas; deshaciéndose en perfumes en las flores que abrieron sus capullos, ansiosas de absorber la parte que les toca en la eterna bacanal de luz y calor. El amor, el amor universal corre por las entrañas de la tierra, fecundizándola, y culebrea por su superficie en formas diversas de vida, y se cierne en el espacio en ondas luminosas, en corpúsculos de brillantes colores.

Y en medio de aquella gloriosa y universal manifestación del amor, dos seres vivían agonizando,

## Pesca del gato marino



consumidos lentamente por el deseo no realizado. El pobre pajarillo, recordando los horizontes infinitos y los nidos calientes que le brindaban amor y libertad; la infeliz mujer, pensando en el amor ideal que la cruel realidad de su fealdad hacía imposible.

\*\*\*  
Al atardecer de uno de aquellos días de primavera, Manuela, la pobre desheredada del amor, asomada en la ventana de su cuarto, hablábale al pajarillo, que inquieto saltaba dentro de la jaula, respondiendo con *píos* quejumbrosos a las palabras de la mujer.

Hasta ella llegaban los penetrantes aromas de los vecinos prados y jardines, envueltos en voluptuosas oleadas de brisa cálida que la enardecían, despertando en su ser extrañas sensaciones de deseos desconocidos. Fija la mirada en el lejano horizonte, vió hundirse el astro del día, rodeado de vaporesas nubes de vivos y cambiantes colores; y se le antojó que el sol iba en busca de un astro amante para fundirse los dos en un beso de amor sideral. A la pálida luz de aquel crepúsculo espléndido contempló en un cercano tejado una hermosa paloma macho que arrullaba a la coquetuela hembra; y divisó en la alameda que se extendía frente el jardín de su casa un hombre y una mujer cogidos del brazo, radiantes de juventud, salud y belleza, que caminaban despacio y hablándose bajito, retratándose en sus rostros sonrientes la inmensa dicha de amar.

¡Todos amaban, todos menos ella!...

Los *píos* del pajarillo distrajéronla de su dolorosa meditación.

—Tú eres el único que me quieres—le dijo—; ¿verdad que me quieres, pajarillo de mi vida?

Rodeó la jaula con sus brazos y contempló con amor al pájaro, que aleteaba asustado y piaba con fuerza.

El pensamiento de que aquel pequeño ser la quería consolaba su honda pena; pero a la vez una pena cruel aminoraba el goce de su casto amor. ¿Comprendía el pajarillo toda su pasión?

¿Apreciaba sus cuidados, sus mimos, sus caricias?  
¿Correspondía á su amor?...

Quiso probar Abrió la puerta de la jaula, diciéndose que si el pájaro no se iba era prueba de que la amaba.

Honda emoción la embargaba. El pájaro, tras breve vacilación, salió de la jaula y de un vuelo fué á posarse en la rama de un cercano árbol, piando alegremente. Manuela no pudo ahogar un grito de angustia

—¡Oh, mi pajarillo, no me abandones!

Aquel grito angustioso no conmovió el corazón del pájaro, á quien atraían más las caricias de los calientes nidos que los fríos halagos en dorada

jaula; y emprendiendo nuevo vuelo, desapareció en las lejanías del horizonte.

La pobre Manuela no podía creer que el pájaro la abandonara.

—Volverá—dijo para consolarse, y esperó paciente la vuelta del sér amado.

Pasó la noche, vino la aurora, surgieron los primeros rayos del sol naciente, y los ojos ansiosos de Manuela buscaban en vano por el horizonte al ingrato pajarillo.

Rebosante el pecho de amargura, ocultó el rostro entre sus manos y lloró por largo rato la muerte de su único amor.

ADRIAN DEL VALLE.

## TIPOS CALLEJEROS

Marujilla, ayer te ví dando en subasta ese cuerpo matador de corazones y avivador de deseos.

Ibas sembrando lascivia y, como siempre, cogiendo á millones las miradas y á billones los requiebros.

Eras de las Ramblas reina, y admiraban tu salero las mujeres de reojo y los hombres boquiabiertos.

Tus risas y tus andares iban diciendo parleros: El que quiera pormenores que venga en mi seguimiento.

Y añadías cautelosa con tus ojos vocingleros: Quien esté en fondos, que siga; el que no, que se esté quieto.

Y, obedientes y sumisos á tus dulces llamamientos, hombres de todas edades te formaron gran cortejo.

Y al verte tan cortejada á mirarte se atrevieron las casadas con envidia, las solteras con despecho.

—¿Que quién es Maruja? Una que yo elijo como ejemplo de la muchas... Marujillas que en Barcelona tenemos.

Si la quereis conocer dando en subasta su cuerpo, matando los corazones y avivando los deseos, dad una tarde cualquiera por las Ramblas un paseo y la vereis perseguida por los pollos y los viejos, á los que dice Maruja con sus ojos vocingleros: Quien esté en fondos, que siga; el que no, que se esté quieto.

Yo soy de los *desfondados*, y pues seguirte no puedo me conformo con cantar las gracias que en tí sospecho.

Bien sé que no son canciones lo que buscas como premio de tus gracias; pero yo sólo dar canciones puedo, y ya que no su valía, habrás de apreciar al menos que tú vendes lo que tienes y yo te doy lo que tengo.

Daré comienzo al elogio ponderando tus cabellos, que yo igualo á mis pesares, por ser muchos y ser negros.

De tu frente, de tus ojos, de tus labios, de tus besos, no quiero decir palabra, porque para hablar de ellos habría de remozar

los adjetivos añejos que han sido mal aplicados ya por todos los copleros.

Yo prefiero dedicarme á tus encantos secretos, que bien puedo descubrir no estando por tí encubiertos.

Empiezo por la garganta y en ella no me detengo, pues ya que empiezo á bajar, por bajar más me impaciento.

Déjame que me recree con las gracias de tu seno, que diera envidia á la nieve por lo blanco y por lo bello.

Déjame ver sus capullos, pues contemplándolos siento que se despiertan en mí instintos de jardinero.

Y aquí doy por acabada mi canción, porque me temo que pienses que este romance es argucia de coplero; no quiero que te figures que al cantar busco pretexto para ponerte de balde la mano en lo deshonesto.

Yo sé muy bien lo que son exigencias del comercio y sé que á lo que se vende se ha de llegar con dinero...

MANUEL GIL DE OTO

## ZARANDAJAS

### EUROPEOS CON GUALDRAPAS

Ya estamos europeizados y el deseuropeizador que haya de deseuropeizarnos ¡buen deseuropeizador será! Costa ha quedado á la altura de una zapatilla suiza en la solución del problema de nuestra europeización. Se le ocurrió aplicar al caso la política hidráulica, la política pedagógica, la política quirúrgica, y resulta que había bastante con que siguiera la política alimenticia y... unas gualdrapas.

¿Qué era lo que nos diferenciaba del resto de la Europa culta, Rusia y Turquía comprendidas? Muy poquita cosa. Sabemos despanzurrar viejos y perros con el automóvil, dar patadas civilizantes en *foot-ball*, correr la cuchara y el huevo en el *polo*, hacer *trustes*, bailar la *matchicha*, cazar ratas con *fox-terrier* y hasta llevar remangados los pantalones. Estábamos muy próximos á ser europeos.

Muy próximos, mucho. Las señoras no llevan navaja en la liga y escriben artículos en los periódicos; se hacen revoluciones á plazos semanales;

tenemos un *Tanmany-hail* en cada esquina; Moret nos arregla los aranceles mirando á Europa y de espaldas á la producción nacional; tenemos Cortes, aun cuando no las usamos; hemos leído á los grandes sociólogos, fusilados por Valentí Camp; damos mitins, cuando nos dejan. ¿Qué nos faltaba para ser europeos? ¿Saber leer y escribir? ¡Qué desatino! De todas maneras no sabríamos ni lo que leíamos ni lo que escribíamos...

No, lo que nos faltaba lo ha adivinado el gran humorista Mariano de Cavia: las gualdrapas. Sin ellas íbamos derechos al *Spoliarium* ó al *arrastro*, como decimos los clásicos.

¿Por qué empezaba el Africa en los Pirineos? ¿Por qué éramos una tribu con pretensiones? Porque asistíamos á los toros y veíamos impávidos cómo desmondogaban los caballos; porque de aquel «cuadro lleno de luz» no sabíamos borrar las manchas de... el desmondogamiento. Por eso y solo por eso no éramos europeos todavía. Para que lo seamos ha dado Cavia con el púdico reme-

dio de la gualdrapa, como Moret para que no notemos tanto que nos revientan con la ley de jurisdicciones la ha *gualdrapeado* con su decreto sobre aplicacion de esa ley.

Cierto que los caballos seguirán siendo reventados en el ruedo y que los periodistas lo seremos en la «candente arena»; pero .. casi no va á notarse.

¡Bien por la gualdrapa! Antes de tan maravillosa invencion, algunos, al ver al noble bruto pisarse las entrañas, nos sentíamos menos brutos y nos impresionábamos tristemente, aguándonos con ello la fiesta nacional. Ahora ¡caballos! ¡caballos! Ya no se afectará nuestro sentimentalismo, pero seguirán muriendo, aun cuando con más decencia.

*Pa mí que hay símbo!o* en eso de la gualdrapa. Eso viene á ser como el azúcar con que Ayala le parecía peor lo que *perfumaba* la casa de su patrona. Esa gualdrapa viene á ser el cobertor de las apariencias, y como en cubrirlas consiste, al fin y á la postre, el ser europeos, ya podemos considerarnos tales gracias á las gualdrapas que tapan lo que revolvió el estómago á las gentes que, encontrando bueno el biftec de caballo, no comprendían que pudiera verse sin repugnancia descuartizado más que en la carnicería.

Los españoles aún no somos *hipófagos* conscientemente y salvo embutidos en contrario; pero todo se andará, si nuestra europeizacion no se tuerce, y entonces ¡oh, entonces! no irán, no, los caballos á la plaza; nosotros iremos á la plaza por caballo.

Esto ya es... europeizarse con la gualdrapa puesta.

JERÓNIMO PATUROT.

(De la protectora de animales con gualdrapa.)



En la Exposición Blanca han obtenido premio extraordinario los siguientes ediles:

Don Ramon Palau: *Física*.  
Don José Borrell y Sol: *Elocuencia*.  
Don Félix Costa: *Probidad*.  
Don Arturo Jimenez: *Altruismo*, y  
Don Joaquin Vila: *Obediencia*.

Por lo que se refiere á Valentí Camp, hubo que echarle del local, porque no bastan á premiar su sanchez todos los diamantes de Golconda y todo el oro de la tierra.

Después de este certamen se celebrará una Exposición de negros, en que han de figurar (sin opción á premio) los dignos electores que en 1903 creyeron coger la República con las manos.

Para hombre afortunado el duque de Bivona. Durante su gobierno, para que pasase algo, ha sido preciso que la policía descubriera un vasto complot anarquista con ramificaciones en el nuevo continente. Si Tressols tuviera menos olfato, podría afirmarse que el gobernador casi no existe, porque no serviría para nada.

Esta primera época es triunfal, y si ahora el duque se marchase acertaría infaliblemente.

Pero él no piensa acertar, sino equivocarse, como los otros.

Y seguirá en su Gobierno hasta que la fatalidad le obligue á dejarlo.

#### PER PLEJIDAD.

Para el que tenga corazón sensible es una dura pena y un trabajo, y un problema difícil y temible

decidir si los súbditos de abajo, en la feliz España rediviva, son menos torpes que el que man la arriba.

\*\*

En la corte anda la gente más notable y elevada preocupada con una cuestion pendiente. Visiteos extraordinarios, conferencias, cabildeos, chismorreos, entrevistas, comentarios... ¿Produce esta agitacion, los mueve de esta manera acaso alguna cuestion financiera? ¿O es posible que nos amenace un mal, alguna desgracia horrible de índole internacional? ¿O proyectos colosales traerán al fin entre manos? ¿Si tratarán de pantanos ó caminos vecinales? Todos esos caballeros solo tratan de buscar la manera de tapan los pencos de los piqueros para hacer que sus esposas cuando á los toros concurren no se aburran viendo cosas asquerosas. Porque ya sabe cualquiera que sería inoportuno que intentase hacer ninguno que un caballo no muriera. ¿Qué importa que el animal sufra y lo maten despues? ¡Si, despues de todo, es todo eso muy natural! El modo están estudiando (y en ello pasan las horas) de que no vean las señoras los mondongos arrastrando. Mas yo me paro á pensar por qué intentan evitar esa vista á sus esposas... ¡¡Tantas cosas como habrán visto arrastrar!!

\*\*

Antes de cumplir su promesa, Lerroux pretende renovarla y dirá que hemos de hacer lo menos dos revoluciones en un día.

Por mi parte, yo soy de los que creen que es conveniente repetir estas cosas para meditar hondamente el peligro que correrán mis nietos al realizarlas.

\*\*

La raza felina es hoy entre todas las razas la que ocupa el primer puesto y por todos es mimada. En cuatro teatros ahora se hace *La gatita blanca*, y la gente, una por una, aplaude á las cuatro gatas: á aquella porque es más lista, á la otra porque es más guapa, á una porque canta bien, á otra más bien porque maya...

El gato (aunque los del orden no sepan ni una palabra) se hace con harta frecuencia en muchas casas *non sanctas*, dando gato por conejo á muchos que van de caza.

Hasta damas extranjeras quieren pasar á ser *gatas* y se ván á Madrid, donde son gatos hasta los ratas.

En el mismo Ayuntamiento creo que hay gatos de dos patas que siempre están deseando

hacer alguna gatada  
y que se asegura que  
tienen las uñas muy largas...

A mí eso no me molesta,  
ni me disgusta, ni nada:  
ya que no tengamos *perras*,  
tengamos al menos *gatas*.

\*\*\*

En los Juegos Florales celebrados el domingo pasado no vimos más que clérigos por todas partes, unos en la presidencia, otros actuando de *mantenedores* y otros de poetas premiados, entre ellos el inevitable Collell.

No hay que decir cómo andará la infeliz poesía cuando ha tenido que refugiarse entre los curas.

Por fin Lopez se dará el gustazo de incinerar á sus electores.

Eso sí, tendrá que matarlos previamente.  
Pero yo creo que lo hará con todas las reglas del

En casa el señor Nadal,  
hábil profesor de danza,  
que saca de un compromiso  
en menos de una semana  
á aquellos que bailan mal  
ó que ni mal ni bien bailan,  
se ha notado en estos días  
la presencia inusitada  
de distintos concejales  
*artistas* de la palabra,  
de tal fluidez en los labios  
que sus discursos encantan,  
mas no á la diosa Terpsícore,  
que de esto poco se paga.  
Se ha visto entrar á Pinilla,  
á Borrell y Sol, Bastardas,  
Ventosa y Calvell, Rahola  
y hasta Layret. ¡Dios nos valgal  
¿Qué iban á hacer? ¿Qué motivo  
á tal sitio los llevaba?  
Muy sencillo: iban á ver  
si Nadal se daba maña  
de enseñarles á bailar  
para hacer de este arte gala  
en las fiestas de la so-  
lidadaridad catalana  
y dejar de esta manera  
bien sentada su elegancia.

\*\*\*

La Empresa del *Daily News*, de Londres, ha organizado una *Sweated Industries Exhibition*, á la que asistieron las princesas de Battenberg, y dice la Prensa inglesa que las augustas señoras "se entristecieron de veras, animaron, consolaron y dieron muy buenos consejos á los pobres obreros."

No quisiéramos ser maliciosos, pero nos parece que todo esto lo hubieran cambiado á gusto aquellos intelices por unos cuantos chelines.



**CHARADAS**

(De Francisco Masjuan Prats)

Dos cuarta todo primera  
dijo cuarta dos tres cuarta,

y Amparito, al escucharle,  
quedó de ello horrorizada.

(De Manuel Noël)

Doña *Todo* á su sirvienta  
*primera-dos* despidió,  
por no *tercera invertida*  
lo que la mandó el señor,  
y por decir: "—Me *tercera*  
de sus gritos, doña... *Col.*"

**ACRÓSTICO**

(De Santiago Valls Pallejá)

D . . . . .  
I . . . . .  
L . . . . .  
U . . . . .  
V . . . . .  
I . . . . .  
O . . . . .

Sustituir los puntos por letras de manera que expresen los nombres de ciudades importantes.

**JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS**

(De M. Moreno de Báguena)

1/4 de peseta l d vocal d

**PROBLEMAS**

(De Santiago Valls Pallejá)

Hallar el número que dividido por 10, el cociente multiplicado por 3, el producto sumado con 623 y la suma restada de 20, dé 618.

**SOLUCIONES**

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 28 de Abril.)

**A LAS CHARADAS**

Kilo litro  
Salerosa  
Armario

**AL JEROGLÍFICO**

Carneros, vacas y toros.

Han remitido soluciones.— A la charada primera: Rosa Mimó, María Sistachs, Josefa Riudoms, Teresa Sils, Pedro Pons, Vicente Borrás Baiges (Mataró), José Rafols Prat, José Prats Serra, Manuel Colomé, Arturo Martín, Santiago Valls Pallejá, Jacinto Peyró (de Manresa), Ramon Viñals (de Tarragona), Juan Vendrell y Tomás Alberich.

A la segunda charada: María Sistachs, Teresa Sils, Juan Vendrell, Pedro Pons, Vicente Borrás Baiges, José Rafols Prat, José Prats Serra, Francisco Ubeda Pineda, Vicente Gallen, Manuel Colomé, Arturo Martín, Ramon Viñals, José Grogúes, Mariano Torres, Tomás Alberich y Rosendo Pallarols.

A la charada tercera: Josefa Riudoms, Rosa Mimó, Tomás Alberich, Jacinto Peyró, Rosendo Pallarols, José Grogúes, Vicente Borrás Baiges, José Rafols Prat, José Prats Serra, Francisco Ubeda Pineda, Vicente Gallen, José Bonafont, Manuel Colomé, Arturo Martín, Santiago Valls Pallejá, Antonio Capdevila y Alberto Satorras.

**AGUA DE COLONIA DE ORIVE**

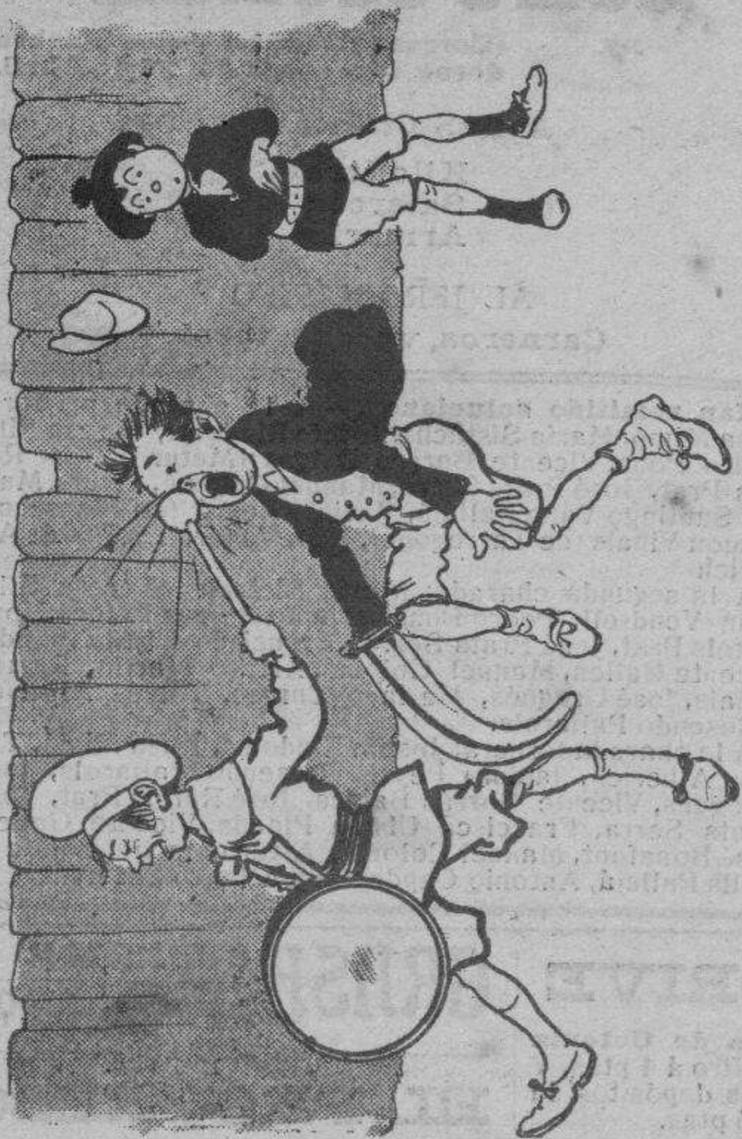
Los que entienden sus intereses y conocen la riquísima *Agua de Colonia de Orive*, la compran por garrafones de 4 litros y les sale el litro á 4 ptas. Y de balde el garrafon, que vale 2 ptas. Si no se encuentra en los depósitos, la manda su autor desde Bilbao, franco todo gasto, remitiéndole 16 ptas.

**GRASA SUPERIOR** para CARROS

MARCA

**EL PROGRESO**

# EL TAMBOR DE GRANADEROS



1.—¡Catapum! ¡Catapum! ¡Chin, chin!  
—AY! ¡AY!



2.—Toma, ¡para que sepas quien es Calleja!



3.—¿Sí? ¡Pues toma, y tu tambien para que sepas quien es Perez!



4.—¡Guardias!... ¡Serenoo!... ¡Qué me han metido el tambor hasta el hígado!